

LA DELGADA LÍNEA ROJA

FRANCISCO CALVO SERRALLER

Nunca me ha preocupado el instrumental del arte, porque no ha sido algo que haya preocupado a los artistas, que han utilizado soportes y técnicas muy variados a lo largo de la historia. Por esta misma razón, no creo que hoy se pueda cuestionar la supervivencia de la pintura, que dejará de existir, si acaso, de manera impremeditada, cuando los artistas dejen de usarla. No es el caso, porque Ricardo Cavada, junto a otros muchos colegas contemporáneos, la siguen usando, y, desde luego, de una forma que, en absoluto, es convencional. Pero ¿cómo es ello posible, cabe preguntarse, tras las sucesivas experiencias del expresionismo abstracto y la abstracción post-pictórica, que parecieron agotar el caudal del formalismo? Pues, porque, tras el formalismo moderno, siguió el formalismo postmoderno, que ha hecho compatibles estrategias antes consideradas antitéticas, como, por ejemplo, la de hacer conciliables lo analítico y lo expresivo. En cualquier caso, en esta nueva síntesis, que no puede ser ecléctica porque entonces no sería síntesis, se ha apurado más la sutileza, una nueva forma de caminar sobre una todavía más delgada línea roja.

La delgada línea roja sobre la que se balancea Ricardo Cavada no puede ser ciertamente más sutil, porque aún lo geométrico con campos de color reverberantes; esto es: ni saturados, ni planos. Una especie de Mondrian más Newman, Still o Rothko. Más: todos ellos, más su alternancia por bandas paralelas o cuadrados enmarcados por atmósferas de irradiación externa. Y aún más: la contigua alternancia de lo óptico, lo vitrificado, con lo táctil, esponjoso y evanescente.

Y ¿por qué? ¿Puro juego? No sería ésta una mala justificación para el arte, pero, finalmente, el arte nunca se acomoda por completo con lo lúdico, diría, por fatalidad, que es lo mismo que decir que el arte nunca puede ser solo insignificante. Quienes han observado la trayectoria de Ricardo Cavada han reparado, dentro de lo que ha realizado durante su última etapa, que éste, paradójicamente, cuanto más analítico y autocontrolado, se hacía más sensual y expresivo. Para mí, más que paradoja, este fenómeno es el resultado de un mayor apuramiento, de una más exigente sutileza. La sutileza del frío abrasador. La del escalofrío del arte constantemente renovado.

El escalofrío artístico puede consistir en un intercambio de temperatura cromática, de espacios planos y profundos, de luces intemporales o dramatizadas, pero también de visiones totalizadas y fragmentarias. Es como acoplar en una misma línea visual lo macrocósmico y lo microcósmico: lo infinito del todo y las infinitas partículas. El punto de encuentro de lo divergente. Claro que esto se puede abordar como el desarrollo aleatorio de un juego, más o menos, maquinal, pero la propia idea del mismo, hay que reconocer, que es una iniciativa dramática. La surreal cibernética de las máquinas solteras, que desvelan energías insospechadas y, como tales, hasta cierto punto amenazantes.

Lo que en el fondo, más me interesa de la obra actual de Ricardo Cavada es, por tanto, la beligerante mezcla de control y ansiedad. Lo que significa este encuentro de tundimiento extensivo de la pintura, que, a cada golpe, suelta el lastre del polvo temporal y recobra el fuego original de su alumbramiento, siempre recomenzado. Para lograrlo hace falta la tensión y el equilibrio de un funambulista, que, a cada paso, desafía el vacío. Pero la pintura o lo que sea, el arte en sí, ha dado siempre forma y color al vacío. Ha dejado la huella personal de una experiencia, por fuerza, única. La de Ricardo Cavada, en este caso.